



TEMA 1 [1, A, B]

CENTRALIDAD DE UNA SEXUALIDAD HUMANA NO PERIÓDICA Y PLÁSTICA

Adolfo Chércoles Medina SJ

A. Visión de Freud:

Importancia y complejidad de la sexualidad humana [4-6] [72-73].

Por lo pronto tengo que agradecer a Freud el haberme hecho caer en la cuenta de su centralidad en la vida humana y de la complejidad de su despliegue: su desarrollo consiste en sucesivas etapas que han de ser superadas y en este proceso puede haber de todo, desde fijaciones a regresiones. Ambas constataciones no fueron bien acogidas: la primera traducándose en la acusación de ‘pansensualismo’, y la segunda porque a nadie le agrada la complejidad y preferimos la simpleza; más aún, la tentación ante la complejidad es ignorarla porque asusta, cuando de hecho sigue ahí, lo cual convierte la situación en más embrollada y peligrosa.

Pues bien, para Freud la sexualidad es todo menos trivial. Toda la vida humana está transida de ella gracias a unas peculiaridades que la diferencian de la de los animales.

Una aproximación panorámica.

En efecto, en **Moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna (1908)**, nos hace una descripción bastante completa de esta peculiaridad de la sexualidad humana: *El instinto sexual -o, mejor dicho, los instintos sexuales, pues la investigación analítica enseña que el instinto sexual es un compuesto de muchos instintos parciales- se halla probablemente más desarrollado en el hombre que en los demás animales superiores, y es, desde luego, en él mucho más constante, puesto que ha superado casi por completo la periodicidad, a la cual aparece sujeto en los animales. Pone a la disposición de la labor cultural grandes magnitudes de energía, pues posee en alto grado la peculiaridad de poder desplazar su fin sin perder grandemente en intensidad. Esta posibilidad de cambiar el fin sexual primitivo por otro, ya no sexual, pero psíquicamente afín al primero es lo que designamos con el nombre de capacidad de sublimación. Contrastando con tal facultad de desplazamiento que constituye su valor cultural, el instinto sexual es también susceptible de tenaces fijaciones, que lo inutilizan para todo fin cultural y lo degeneran, conduciéndolo a las llamadas anormalidades sexuales. La energía original del instinto sexual varía probablemente en cada cual e igualmente, desde luego, su parte susceptible de sublimación. A nuestro juicio, la organización congénita es la que primeramente decide qué parte del instinto podrá ser susceptible de sublimación en cada individuo; pero, además, las influencias de la vida y la acción del intelecto sobre el aparato anímico consiguen sublimar otra nueva parte. Claro está que este proceso de desplazamiento no puede ser continuado hasta lo infinito, [...]. Para la inmensa mayoría de las organizaciones parece imprescindible cierta medida de satisfacción sexual directa, y la privación de esta medida, individualmente variable, se paga*

con fenómenos que, por su daño funcional y su carácter subjetivo displaciente, hemos de considerar como patológicos.¹

La cita no puede ser más completa: en ella sintetiza toda la complejidad de nuestra sexualidad al mismo tiempo que describe sus posibilidades y riesgos. Hasta qué punto esto es así, cada uno tendrá que constatarlo con toda honestidad. No es un problema de teorías, sino de experiencia. Su complejidad hace que sea muy distinta a la de los animales superiores: ha perdido la periodicidad (época de celo), está compuesta por instintos parciales y tiene la posibilidad (que definirá en otros momentos como la peculiaridad de ser muy ‘plástica’) de utilizar grandes dosis de energía en la cultura. Esta posibilidad él la denomina sublimación, y es posible tanto por ‘la organización congénita’ como por ‘el intelecto’, pero no es ilimitada. Ahora bien, en todo este proceso puede haber fijaciones o bien no permitir cierta medida de satisfacción sexual directa que puede terminar en patologías.

Nuestra sexualidad, pues, es algo siempre presente en nuestra vida, o bien a través de la genitalidad o bien llevando a cabo procesos de ‘sublimación’ (cuyo contenido no es genital) que posibilitan nada menos que la cultura. En cualquier caso su ejercicio es algo serio y decisivo, no trivial. Y está tan convencido de esto, que llega a decir, que las prácticas sexuales ‘perversas’ para evitar el coito, “*en las cuales es usurpada por otras partes del cuerpo la función de los genitales... no pueden ser consideradas tan inocuas...; son condenables desde el punto de vista ético, puesto que convierten las relaciones eróticas entre dos seres, de algo muy fundamental, en un cómodo juego sin peligro ni participación anímica.*”² Es decir, la sexualidad según él, no podemos convertirla sin más en un ‘cómodo juego’ autónomo ‘sin participación anímica’: dejaría de ser humana.

Ante este complejo panorama **Freud** no se va a conformar con constatar hechos, sino que pretende dar respuesta a los retos que plantea una realidad de tanto alcance. Este será el cometido del **psicoanálisis**. En su trabajo **Psicoanálisis** (1909) nos describe la finalidad de su método: una vez que el enfermo es consciente del conflicto que había sido reprimido puede hallar una mejor solución que la que ofreció la represión, que fue quitar de en medio la excitación sexual, prescindir de ella como si no existiera. Es decir, al hacer consciente lo reprimido puede darle una triple respuesta: *Puede convencerse a la personalidad del enfermo en todo o en parte; puede también dirigirse este deseo hacia un fin más elevado y, por tanto, irreprochable (sublimación de dicho deseo), y puede, por último, reconocerse totalmente justificada su reprobación, pero sustituyendo el mecanismo -automático y, por tanto, insuficiente- de la represión por una condenación ejecutada con ayuda de las más altas funciones espirituales humanas, esto es, conseguir su dominio consciente.*³

Como vemos pretende que la persona pueda ‘hacerse cargo’ de una fuerza que la habita, que si permanece en el inconsciente sólo puede provocar desajustes serios (neurosis, por ejemplo). Más correcto no puede ser el reto. Pero más adelante en la misma obra se

¹ **Moral sexual ‘cultural’ y nerviosidad moderna** (1908) pp 1252-3

² **Moral sexual ‘cultural’ y nerviosidad moderna** (1908) p 1250

³ Importantísimo tomar conciencia de la diferencia en **Freud** entre represión y decisión consciente. La primera consiste en un “mecanismo automático”, mientras en la decisión intervienen “las más altas funciones espirituales humanas”, lo cual significa “conseguir su dominio consciente”. **Psicoanálisis** (1909) p 1545. Y en su obra **La ilustración sexual del niño** (1907), ante el peligro de ocultar al niño lo sexual, observa lo siguiente: *el niño aparece perfectamente capacitado para la vida erótica -excepción hecha de la reproducción mucho antes de la pubertad, y puede afirmarse que al ocultarle sistemáticamente lo sexual sólo se consigue privarle de la capacidad de dominar intelectualmente aquellas funciones para las cuales posee ya una preparación psíquica y una disposición somática.*

pregunta por cuáles son los destinos de los deseos inconscientes libertados por el psicoanálisis, y cuáles los caminos que seguimos para impedir que dañen la vida del paciente. Freud responde quizás con excesivo optimismo: *El resultado más frecuente es el de que tales deseos quedan ya dominados, durante el tratamiento, por la actividad anímica correcta de los sentimientos más elevados a ellos contrarios. La represión es sustituida por una condenación llevada a cabo con los medios más eficaces.* Y la razón que da de esta 'eficacia' radica en que ahora la persona tiene una madurez y una fuerza anímica que no poseía en su niñez, en la cual lo único que sabía hacer es reprimir dichos instintos (es decir, 'quitarlos de en medio', no 'decirles que no' por un motivo, razón...; es decir, dominarlos).

Pero a continuación alude a algo sumamente importante: *Conocemos otro más apropiado proceso de la evolución, la llamada sublimación, por la cual no queda perdida la energía de los deseos infantiles, sino que se hace utilizable dirigiendo cada uno de los impulsos hacia un fin más elevado que el inutilizable y que puede carecer de todo carácter sexual.* Lo cual es posible gracias a que los componentes del instinto sexual se caracterizan por esta capacidad de sublimación de cambiar su fin sexual por otro más lejano y de un mayor valor social. Más aún, gracias a esta peculiaridad de la sexualidad humana *debemos probablemente los más altos éxitos civilizados.*⁴

Pero este planteamiento no es un horizonte asegurado en nuestro desarrollo. Va a estar dificultado no sólo por circunstancias exteriores, sino por resistencias interiores llamadas a dominarse. En efecto, el principio del placer que rige los comienzos de nuestra existencia no va a ser fácilmente dominado. [4-6]

Con esta pequeña aproximación podemos tener una visión de conjunto de la complejidad e importancia de nuestra sexualidad para situarnos de una forma responsable y no meramente pasiva (o más bien a la deriva) ante ella. Sólo tomando conciencia de su calado, podremos superar el contexto paradójico e inquietante en el que se mueve la vivencia de nuestra sexualidad.

Digo paradójico, porque por un lado asistimos a una superficialización de este tema, pero al mismo tiempo lo exacerbamos cuando se trata del 'acoso sexual'. Si nuestra vivencia de la sexualidad se ha 'liberado' de tabúes, recuperando una 'naturalidad' que nunca debía haber perdido, ¿en qué se basa el alcance del 'acoso'? ¿Por lo visto no era tan trivial...! La cosa no deja de tener su intriga: pasamos de la trivialización más total, ridiculizando como mojigatería cualquier 'intransigencia', a la denuncia más rotunda ante un supuesto 'acoso'. Por eso he añadido a 'paradójico' la palabra 'inquietante'.

Y la gran coartada para este malabarismo "ético", como podíamos denominarlo, es la libertad: si hay **libre** consentimiento de la otra parte, ya ha perdido toda su 'seriedad', y todo es válido⁵. ¿En qué quedamos?, ¿el tema es serio o trivial? ¿Podemos jugar con la sexualidad o no? Al parecer con la propia sí ["¡No hago daño a nadie!"], pero con la del otro hay que

⁴ **Psicoanálisis**, (1909) pp 1562-3

⁵ Esta ha sido la coartada por excelencia y predisposición del 'personaje' no era motivo ni de denuncia. Esto quiere decir que, si el 'seductor' es hábil (¿Don Juan?) y 'conquista' a la otra persona, ya todo es consentido. Lo que no aceptamos (¡y es correcto!) en la pederastia, sin preguntarnos si el niño 'consintió' o no, lo aceptamos en la habilidad seductora (motivo siempre de orgullo), cuando el 'seducido', por definición, ha perdido toda capacidad de respuesta libre, lo hemos convertido en un niño...

tener su libre consentimiento, del mismo modo que no puedo disponer de lo que es propiedad del otro. Dicho de otra forma: es el “Yo puedo hacer con mi dinero lo que quiera”, “Yo puedo hacer con mi cuerpo lo que quiera”... Es decir, lo que parece hacer intocable algo es el derecho a la ‘propiedad privada’.

¿De verdad ese es todo el alcance que tiene la sexualidad? En cuanto que pertenece a alguien y uno no puede disponer de lo ajeno. Como cualquier otra cosa que yo posea: un bastón, un bolso... ¿De verdad es lo mismo? La cuestión es que la trastienda que revela el concepto ‘acoso’ encierra algo que va más lejos que la simple apetencia de cualquier otra pertenencia ajena. Parece que no se puede equiparar mi apetencia del ‘bastón’ del vecino con la ‘apetencia’ que denominamos ‘acoso’.

Esto nos plantea el problema siguiente: ¿tiene una importancia específica la sexualidad de cada persona, o no va más allá que cualquiera de sus pertenencias? Es decir, ¿objetivamente, la sexualidad es algo que en sí está por encima de otras realidades de la persona, que tiene mayor alcance? Parece que eso es lo que quiere expresar la ‘gravedad’ del ‘acoso sexual’. Por ejemplo, no es lo mismo penalmente un insulto que un acoso sexual, y nadie pone en duda la importancia que damos hoy al honor, a la imagen, pero parece que intuimos que son dos cosas ‘cualitativamente’ distintas.

Con estos interrogantes, vamos a destacar algunos aspectos de la visión que **Freud** nos ha dado de nuestra sexualidad, y a preguntarnos si simplemente se trata de una teoría más o constatamos, desde la propia vivencia y con la ayuda de la de otros, unas potencialidades [posibilidades] en nuestra sexualidad que van más lejos de lo que nosotros podíamos soñar. En una palabra, tenemos que preguntarnos si nuestra sexualidad se reduce a una ‘necesidad’ que hay que satisfacer (satisfacción, por cierto, la más gratificante) o, por el contrario, es además una dinámica, una fuerza (cuya energía nadie discute) llamada a encauzarse y potenciarnos, que no se reduce a algo ‘consumible’ o de lo que se puede prescindir sin más (¡represión!). Es decir, el problema estaría en considerar este planteamiento como disyuntivo, cuando de suyo está llamado a ser complementario: que nuestra sexualidad no es algo (como tantas otras cosas) disponible, sino algo de lo que me tengo que ‘hacer cargo’, que tengo que darle una respuesta y entonces es cuando me llenaré más.

Como es natural, los ocho temas que vamos a trabajar no pretendo que sean los más decisivos ni claves. Sí lo han sido para mí. Por tanto, la persona que trabaje este material, a lo mejor resaltaría otros aspectos. Que los trabaje, por supuesto. Es quizás lo que más me ha movido a esta búsqueda: que convirtamos en ‘búsqueda personal’ lo que pretenden darnos por resuelto.

Pero sí quiero destacar algo: lo decisivo es que no convirtamos esta búsqueda en algo teórico, sino en ‘confrontación vivencial’. La teoría la manipulamos, la dominamos, nos da seguridad si tiene una lógica férrea...; la vivencia nos pone en juego como totalidad (como persona), nos interpela como capaces de dar una respuesta no programada, sino decidida. Por tanto, deben cobrar suma importancia las aportaciones ‘vivenciales’ que son las únicas que pueden ayudarnos a una búsqueda personal. Ya dije que las aportaciones de Freud son sus ‘constataciones’, sus observaciones, es decir, conservan la riqueza inagotable que ofrece la realidad, no la claridad y seguridad que proporciona la teoría. Lo teórico se incorpora, la realidad nos interpela y, si es vivencial, ni sabemos expresarlo. De ahí la importancia de

aquellas descripciones que dan nombre a vivencias inefables. Pero esto es algo tan personal que nadie puede 'explicárnoslo', sino que **nos sentimos** descritos. [72-73]

Para hacer este recorrido desde Freud, seguiremos el **RESUMEN-ESQUEMA** que presentamos en la **Introducción**. Sus distintos epígrafes (apartados) nos servirán de guión para no perdernos. Entre corchetes aparecerán las páginas donde se trata ese tema en el trabajo origen de estos temas: **¿Tiene algún sentido la sexualidad humana?**

I. Peculiaridades de la sexualidad humana:

Esta realidad tan compleja y trascendente posee en el ser humano unas características que no encontramos en los otros seres sexuados. Es interesante que describamos algunas de sus peculiaridades que van a hacer posibles realidades tan decisivas como la cultura, la civilización.

[A] – No periodicidad (como en los animales: época de celo) [11]

Por lo pronto hay que recordar algo que ya dijimos citando su trabajo **La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna** (1908): el instinto sexual en el ser humano es *mucho más constante, puesto que ha superado casi por completo la periodicidad, a la cual aparece sujeto en los animales*. Es decir, esta presencia permanente hace de él algo que ha de ser tenido en cuenta siempre, porque no está regulado por ninguna estructura instintual (época de celo).

[B] – "Muy plástica", peculiaridad que la convierte en la energía más dinámica y creadora del ser humano con tal que no se extinga en la satisfacción [11]

Pero lo más novedoso del instinto sexual humano es su carácter **plástico**. Así lo afirma **Freud**, no sin cierto tono de sorpresa: *Debemos, además, tener en cuenta que las tendencias sexuales son -si me es permitido expresarme así- extraordinariamente plásticas*. Esta capacidad va a tener posibilidades importantes. Por lo pronto, esto explica el hecho de que existan *numerosos medios que permiten soportar sin peligro de neurosis la privación de satisfacción libidinosa*, pues gracias a su plasticidad lo que hubiese terminado en una carencia neurótica, se ha expresado con otros contenidos, por otros caminos. Es decir, *una vez que la tendencia sexual ha renunciado al placer parcial o al que procura el acto de la procreación, reemplaza tales fines por otro que presenta con ellos relaciones de origen, pero que ha cesado de ser sexual para hacerse social. Damos a este proceso el nombre de «sublimación»*.⁶

En **Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis** (1932) vuelve a afirmar lo mismo de manera parecida: *Los instintos sexuales nos sorprenden por su plasticidad, por la capacidad de cambiar de fines, por la facilidad con que una satisfacción se deja sustituir por otra y por su facultad de aplazamiento, de la que nos acaban de dar un excelente ejemplo los instintos de fin inhibido, el cariño, por ejemplo, que procede, indudablemente, de las fuentes*

⁶ **Introducción al psicoanálisis** (1915-1917) pp 2337-8

*de necesidad sexual y renuncia regularmente a su satisfacción.*⁷ Las consecuencias de esta plasticidad nos irán saliendo a lo largo de nuestra búsqueda. Pero sigamos aportando las peculiaridades de nuestra sexualidad según Freud, preguntándonos si seguimos constatándolas y, de no constatarlas en nuestra época, a qué se debe y si dicho cambio es un logro, o estamos más perdidos que antes. [11]

B. Experiencias-vivencias de la centralidad e importancia de nuestra sexualidad:

I. Importancia y complejidad de la sexualidad humana. [4-6] Sus peculiaridades:

Aquí vamos a recoger algunos textos que confirmen esta constatación de **Freud**: que la sexualidad humana es algo central al mismo tiempo que sumamente complejo, en cuanto contrapuesto a trivial. Como es natural no pretendo agotar posibles aportaciones; me limito a las que de hecho me han sorprendido, no porque yo haya pretendido una búsqueda exhaustiva, sino las que casualmente han caído en mis manos y me han llamado la atención. Sin duda alguien podrá añadir muchas más y más interesantes. Entre ellas vamos a encontrar desde las más teóricas (aunque no desconectadas de la vida) a las más vivenciales, aunque este tema difícilmente puede abordarse desde la mera teoría.

Y empecemos por un fenomenólogo, **Dietrich von Hildebrand**, discípulo de **Husserl**, que en el primer capítulo de su obra **Pureza y virginidad**, intenta describir la experiencia que el ser humano tiene de su sexualidad. Curiosamente, disintiendo expresamente con Freud respecto al carácter central de la sexualidad en el ser humano, en el fondo está dándole la razón. Pero veamos cómo lo hace:

- El comer, beber, dormir y, en general, cualesquiera otros placeres corporales, se caracterizan por cierta falta de profundidad...

Aun la concupiscencia desordenada, cuando se circunscribe a este terreno, es relativamente superficial en su gravedad. La intemperancia en el comer y beber es, ciertamente, pecado; pero un Sancho Panza, entregado a la pasión de beber, comer y dormir, es relativamente inocuo si lo comparamos con un hombre avaro, de corazón duro y vengativo...

Se distingue a primera vista la diferencia cualitativa que existe, dentro de la esfera de lo corporal, entre tales experiencias profundas y la actuación de la concupiscencia señalada más arriba como superficial. Suspirar por un vaso de agua cuando uno se muere de sed no es indicio de concupiscencia ni de animalidad inocua y bonachona: es algo muy noble, que despierta en nosotros solamente compasión y activa simpatía, mientras que la concupiscencia activada en este terreno, en el mejor de los casos tiene una nota de inofensivo, de puerilmente bonachón, que nos hace dibujar una sonrisa.

Por el contrario, la sensualidad en el sentido estricto se opone a las demás zonas de la experiencia corporal por una profundidad *esencial*. Todo lo que se refiere a ella pasa del dominio corporal y provoca otras repercusiones que interesan profundamente al alma. Tenemos aquí una categoría de experiencias que no tienen nada de común con los demás placeres corporales... Los valores positivos y negativos alcanzan aquí una profundidad completamente distinta de la que se alcanza en los demás de la esfera corporal... Por su *calidad*, estas experiencias tienen resonancias hasta en la raíz de nuestro ser corporal, lo

⁷

Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis (1932) pp 3155-6

que para los demás no se produce más que en el caso de una extrema necesidad vital. A través del cuerpo, llegan siempre al alma y con una potencia tan extraordinaria capaz de romper el cuadro de nuestra vida cotidiana. Su profundidad y su gravedad las sitúan por encima de todas las demás experiencias meramente corporales.

Este nuevo dominio posee un contenido que, por su sentido y por su naturaleza, tiende a insertarse en experiencias superiores puramente psíquico-espirituales. Allí nada queda en el estado de fenómeno aislado, como comer, beber y actividades análogas meramente corporales. La profundidad tan distinta que puede alcanzar esta esfera se nos revela ya por la significación moral que reviste la actitud de una persona respecto a estas experiencias, actitud incomparablemente más significativa aquí que en cualquier otro terreno corporal. Entregarse a este deleite por el deleite mismo, mancha al hombre de un modo absolutamente distinto a la mancha que supone abandonarse a la glotonería. Aquí la persona queda herida hasta la médula por este pecado de especie completamente nueva. Además la esfera sensual ocupa en relación con otros dominios de vivencias no corporales un lugar verdaderamente central en la persona. Pretende tener un papel eminente. Sin duda, esta esfera puede permanecer tranquila, pero si llega a agitarse no apunta a una posición secundaria, sino a una posición central y capital. Por ella el hombre se “entrega”, y de una manera única.

Dos aspectos caracterizan este papel primordial. En primer lugar, el cuerpo y el alma entran aquí en un contacto singular que analizaremos más tarde.

Y en segundo, esta esfera específicamente íntima constituye en cierto sentido el secreto de cada uno, lo que instintivamente oculta a los demás. Dentro de cada persona es lo que ella siente como más íntimo, algo que toca de una manera muy especial lo más íntimo del individuo. Descubrir este dominio es revelar nuestra vida más escondida, es iniciar a otro en el misterio de nuestro ser. Por eso este terreno es el propio del pudor. El pudor en el sentido más propio, nos detiene, impidiéndonos revelar nuestro misterio ante los demás. Un hombre es púdico o impúdico, en primer lugar, según su actitud en este aspecto.

Comprobamos una vez más la profundidad que distingue a las experiencias de esta esfera, en contraste con las demás experiencias meramente corporales. Pero lo que hay que destacar principalmente es su posición central. Si reside ahí el secreto misterioso de cada cual, desvelarlo o entregarlo equivale a entregarse a sí mismo.

Esta intimidad por su parte es una prueba más de la profundidad especial que diferencia esta esfera de todas las demás esferas corporales. Pone de manifiesto la posición central que ocupa este terreno en el hombre. Siendo, pues, esta esfera “el secreto” más personal de cada individuo, su revelación y su entrega a otro por consiguiente vendrá a significar una manera única de entregarse uno mismo a otro.⁸

Cada cual tendrá que ver hasta qué punto la descripción que acabamos de leer de la experiencia de la sexualidad tiene que ver con la propia. Esta centralidad de nuestra sexualidad nos hace percibir que en ella nos ponemos en juego como totalidad. ¿No tendríamos que relacionar todo esto con la problemática del 'acoso', a la que hemos aludido más arriba? Como más adelante formula, es el acto “más despierto” del cuerpo:

- ...La actualización de la esfera sensual representa, en cierto modo, el “acto central” de nuestro cuerpo. En ella “se despierta”, por decirlo así, la vida corporal hasta entonces “adormecida”; ella representa el acto más intenso de la vida, el más “despierto” de que es capaz el cuerpo y casi el único momento en que se actualiza como un todo. En él el ser vital remonta en cierta manera hasta sus más profundas raíces. La esfera sensual representa también la mayor potencia en la zona del ser vital corporal –no en el sentido de

⁸

Dietrich von Hildebrand, *Pureza y virginidad*, Ed. Desclée de Brouwer, 6ª ed. 1966, pp 15-20

una irresistible “fuerza mayor” como sería en una enfermedad o necesidad de alimentarse-sino en razón de su cualidad específica y de su posición en la estructura de la persona.⁹

Pero pasemos a otro fenomenólogo, **Merleau-Ponty**, que en su obra **Fenomenología de la percepción** nos describe así la centralidad de nuestra sexualidad:

- Es necesario que, inmanente en la vida sexual, se dé una función que asegure su despliegue, y que la extensión normal de la sexualidad se apoye en las potencias internas del sujeto orgánico. Es necesario que se dé un Eros o una Libido que animen un mundo original, den valor o significación sexuales a los estímulos exteriores y designen para cada sujeto el uso que de su propio cuerpo objetivo hará.

Es decir, la sexualidad no puede ser sin más algo que nos habita e invade, sino algo llamado a ‘dar valor y significación’ al ‘uso’ del propio cuerpo, porque como poco después afirma:

- el cuerpo visible está subtendido por un esquema sexual, estrictamente individual...

Lo cual quiere decir, que si es ‘estrictamente individual’, algo tendrá que ver directamente con la persona en cuanto tal. En efecto, más adelante nos da la clave, que, a mi modo de ver, faltó a von Hildebrand en su interpretación de Freud:

- En el mismo Freud lo sexual no es lo genital, la vida sexual no es un simple efecto de los procesos, de los cuales los órganos genitales son la sede, la libido no es un instinto, esto es, una actividad orientada naturalmente hacia unos fines determinados, es el poder general que tiene el sujeto psico-físico de adherirse a unos medios contextuales diferentes, de fijarse mediante experiencias diferentes, de adquirir unas estructuras de conducta. Es lo que hace que un hombre posea una historia. Si la historia sexual de un hombre da la clave de su vida, es porque en la sexualidad el hombre se proyecta su manera de ser respecto del mundo, esto es, respecto del tiempo y respecto de los demás hombres.... la cuestión no estriba tanto en saber si la vida humana se apoya o no en la sexualidad como en saber qué es lo que por sexualidad se entiende.

Quizá esta última frase sea la decisiva: ¿es que hoy el ser humano se pregunta qué significado quiere dar a su sexualidad? ¿No se reduce a veces a una mera posibilidad de ‘disfrute’ que se agota en sí misma y que a veces complica y despista? Y es que como afirma nuestro autor:

- un hombre sin manos [¿?] o sin sistema sexual es tan inconcebible como un hombre sin pensamiento...: lo que afirmamos es que el hombre sería diferente de lo que es, y no sería, pues, un hombre, si le faltara uno sólo de los sistemas de relación que efectivamente posee...¹⁰

Importante dimensión de nuestra sexualidad la que aquí subraya. No es algo que se basta a sí misma y menos aún que nos aísla, sino que es un sistema insustituible de relación. Por eso termina afirmando que:

- La sexualidad es dramática, se dice, porque empeñamos en ella toda nuestra vida personal. No hay superación (*dépassement*) de la sexualidad, como no hay sexualidad cerrada en ella misma. Nadie está por completo salvado ni por completo perdido.¹¹

⁹ **Idem.** p 96

¹⁰ **Merleau-Ponty, Fenomenología de la percepción**, p 187

¹¹ **Ibidem**, pp 187-8

¿No es verdad que ‘empeñamos en ella toda nuestra vida personal’? ¿Puede afirmarse con más contundencia la centralidad de la sexualidad en nuestras vidas? ¿Podemos trivializar algo que nos ‘embarca’, que no podemos ‘pasar’ de ella porque ‘no hay sexualidad cerrada en ella misma’?

Y ahora podremos comprender mejor la reflexión más teórica, aunque en absoluto separada de lo vivencial, de **Julián Marías**, en su obra **Antropología metafísica**, acerca del tema que nos ocupa. Por lo pronto coincide con Freud en asignarle una centralidad total. A propósito del verbo *estar* del español, saca esta conclusión:

- Cuando nos interesa la estructura biográfica del estar, es decir, cuando consideramos el “estar” de manera a la vez biográfica y estructural, llegamos a un concepto imprescindible en una teoría del hombre como estructura empírica de la vida, en una antropología en el sentido riguroso de la palabra: el de *instalación*.¹²

Pues bien, la sexualidad humana hay que abordarla desde esta dimensión de instalación:

- El sexo, quiero decir la *condición sexuada*, el que la vida humana acontece como varón o mujer. Estoy instalado en mi sexo de arriba abajo, desde la biología hasta la religión, y desde él me proyecto hacia toda la realidad, que en función de él adquiere su sentido.¹³

Estamos instalados en nuestra sexualidad, lo cual quiere decir, que dicha dimensión está presente en todo nuestro comportamiento:

- ... El hombre se realiza disyuntivamente: varón o mujer. No se trata en modo alguno, de una *división*, sino de una *disyunción*¹⁴... Ahora bien, la disyunción no divide ni separa, sino al contrario, *vincula*: en los términos de la disyunción está presente la disyunción misma...

... la disyunción sexuada... es *dual* y recíproca: el hombre es varón o mujer...

La disyunción entre varón y mujer afecta al varón y a la mujer, estableciendo entre ellos una relación de *polaridad*. Cada sexo co-implica al otro, lo cual se refleja en el hecho biográfico de que cada sexo “complica” al otro. Diremos entonces que la condición sexuada no es una “cualidad” o un “atributo” que tenga cada hombre, no consiste en los *términos* de la disyunción, sino en la *disyunción misma*, vista alternativamente desde cada uno de sus términos. La condición sexuada no es siquiera visible en una vida aislada: la vemos en cada uno de nosotros, en cuanto referido al sexo contrario, lo cual significa que, más que “en”, la vemos “desde” cada uno de nosotros. No puedo entender la realidad “mujer” sin co-implicar la realidad “varón”, y *por supuesto a la inversa*; lo cual quiere decir que no hay “segundo sexo”, y que esta interpretación está a cien *leguas* de algunas teorías recientes.

Volvamos ahora al concepto de instalación, único que permite comprender biográficamente, sin cosificación alguna, la condición sexuada. Yo *estoy* en mi sexo, es decir, en mi condición de varón, instalado en ella; es mi manera de estar viviendo, el modo concreto de mi mundanidad, de mi corporeidad, de todas las demás instalaciones; *desde* esa instalación vivo vectorialmente, *proyectándome* en diversas direcciones, apoyándome *a tergo* en ella –con una “firmeza” que depende en gran parte de la de esa instalación-. Y primariamente me proyecto *desde* mi sexo *hacia* el otro. La condición sexuada, lejos de ser una división o separación en dos mitades, que escindiese media humanidad de la otra media, *refiere* la una a la otra, hace que la vida consista en *habérselas* cada fracción de la humanidad con la otra (y

¹² **Julián Marías**, **Antropología metafísica**, Alianza editorial, Madrid 1983, p 80

¹³ **Ibid.** p 84

¹⁴ Definición del Diccionario de la Lengua española: *Separación de dos realidades cada una de las cuales está referida intrínsecamente a la otra, por ej. masculino y femenino, izquierdo y derecho.*

digo fracción porque la sexualidad “rompe” la totalidad humana en dos partes que se reclaman, cada una de las cuales presenta su línea de fractura o, lo que es igual, su intrínseca insuficiencia)...

La condición sexuada introduce algo así como un “campo magnético” en la convivencia (...); la vida humana en plural no es ya “coexistencia” inerte, sino *convivencia* dinámica, con una configuración activa; es intrínsecamente, por su propia condición, proyecto, empresa, ya por el hecho de estar cada sexo orientado hacia el otro.

El hombre y la mujer, *instalados* cada cual en su sexo respectivo -...-, viven la realidad entera desde él. Esta instalación es *previa a todo comportamiento sexual*. Es la forma de sensibilidad o “transparencia” que afecta a esa forma de realidad que es la disyunción o tensión sexuada, supuesto de toda actividad sexual, como el *sens* o sensibilidad en general es el condicionamiento de todo conocimiento. Es el ámbito en que se originan los comportamientos sexuales o asexuales, pero nunca “asexuados”, porque éstos no existen. La condición sexuada, por ser una instalación, penetra, impregna y abarca la vida íntegra, que es vivida sin excepción desde la disyunción en varón y mujer. Toda realidad, incluso las más remotas de la sexualidad -...- se vive desde la instalación en el sexo y, por consiguiente, en un contexto y desde una perspectiva que no se puede reducir a la otra...¹⁵

Más aún, esta instalación que impregna toda la vida, se vive de forma dinámica y relacional:

- “Varón” y “mujer” son dos estructuras recíprocas; por ser instalaciones, tienen carácter vectorial –con intensidad y orientación, factores esenciales de la sexualidad biográfica-: la estructura que llamamos “hombre” como varón no se agota en “ser” positiva y exclusivamente algo, sino *estarlo siendo* frente a la feminidad; y a la inversa, ni más ni menos. Son, pues, estructuras mutuas, asociaciones inextricables de la instalación y lo vectorial, porque en este caso la instalación en el sexo consiste en estar proyectándose hacia el otro. Ser varón no quiere decir otra cosa que estar referido a la mujer, y ser mujer estar referida al varón. Lo que sugieren las determinaciones somáticas está realmente proyectado a la totalidad de la vida, es la manera concreta en que acontece la estructura corpórea de la vida.¹⁶

Como dimensión relacional está abierta a la convivencia, y no por necesidad ‘amorosa’:

- Esa convivencia (sexuada), a diferencia de toda inerte coexistencia, es *argumental*: la atracción sexual es solamente una forma particular del interés mutuo que sienten el hombre y la mujer, que les permite proyectarse el uno hacia la otra y viceversa. Mientras los hombres solos suelen necesitar una “empresa” exterior para hacer algo juntos -...-, hombre y mujer encuentran que su recíproca comunicación es empresa suficiente. Cuando se son presentes en cuanto hombre y mujer –y sin necesidad de que su relación sea amorosa-, adquiere sentido de proyecto la participación de sus vidas, en forma bien distinta de la que significa toda amistad o confidencia entre personas del mismo sexo. Es algo que va más allá de la compañía en el sentido de estar juntos; es la interpretación, el que cada uno sea cauce para el proyecto del otro...¹⁷

Y es que todo amor tiene su referente al amor entre hombre y mujer:

- ... en la efectiva realidad de la vida humana tal cual es, dentro del ámbito de la estructura empírica, todo amor radica en esa condición sexuada que es la posibilidad del amor entre el

¹⁵ **Ibid.** pp 122-4 (passim)

¹⁶ **Ibid.** pp 125-6

¹⁷ **Ibid.** p 147

hombre y mujer... Cualquier forma de amor viene a alojarse dentro de una perspectiva organizada en torno al amor sexual; no es casual que en tantas lenguas la palabra ‘amor’ tenga un sentido amplísimo y vago y un sentido más preciso y fuerte, que es justamente el amor entre hombre y mujer. Sin éste, todos los “amores” humanos serían otra cosa, tendrían otro sentido...¹⁸

Esta última afirmación habrá que esperar al final de este recorrido que vamos a llevar a cabo el grupo, para descubrir su verdad y alcance. A nivel personal, (también he de ponerme en juego desde mi experiencia), tengo que decir que detrás de toda búsqueda importante en mi vida, siempre ha habido una mujer con quien he podido compartir. En este sentido tengo que confesar que coincido con **Julián Marías** que en otra obra confiesa lo siguiente: “Siempre he creído que nuestros mejores amigos son mis amigas -y viceversa-;...”¹⁹

Y para completar esta confrontación que nos ayude a penetrar el alcance del epígrafe-resumen de nuestra búsqueda de la mano de Freud, vamos a remitir precisamente al hijo de Julián Marías, el novelista **Javier Marías**, que desde su desenfado y honestidad puede aportarnos observaciones que, indirectamente, nos confirmen lo que estamos descubriendo. Y lo interesante de esta aportación, que puede resultar ‘fuera de lugar’ y demasiado pegada a la más desnuda vivencia despreocupada y ajena a nuestras búsquedas, pero que capta interrogantes, carencias, invasiones... que por algo surgen en este campo y, después de todo lo visto, quizá nos iluminen.

En uno de esos ‘parones reflexivos’ que de vez en cuando hace a lo largo de su novela (**Tu rostro mañana**), se hace preguntas ante su relación con la compañera de trabajo que, no queriendo que pasase de la mera anécdota, parece que arrastra consigo implicaciones ‘molestas’. Veamos cómo lo expresa:

- Tendríamos eso en común, habernos acostado con la joven Pérez Nuix ambos, estaba casi seguro aunque no se me habría ocurrido preguntárselo, a él [a Tupra, su jefe] ni aún menos a ella, y eso que **compartir una cama despiertos marca arbitrariamente la frontera entre la discreción y la confianza, entre el secreto y las revelaciones, entre el deferente silencio y las preguntas con sus respuestas o con sus evasivas a veces, como si entrar en el cuerpo de otro con brevedad suprimiera, además de las físicas, otras barreras de paso: biográficas, sentimentales**, sin duda las del disimulo o la precaución o reserva, es algo absurdo que dos personas, tras enlazarse, se sientan más facultadas o impunes para indagar en la vida y los pensamientos del que estuvo encima o debajo, o en pie de espaldas o de frente si la cama no hizo falta, [...] Eso me ha molestado a menudo en mis aventuras ocasionales, de una sola noche o mañana o tarde, y todas son así en primera instancia, mientras la repetición no se aparece, todas son así cuando se inauguran y no se sabe si se clausurarán acto seguido, o lo sabe una de las partes, al instante lo sabe y se lo calla educadamente y da lugar al malentendido (la educación es un veneno, nos pierde); finge que no va a interrumpirse en seguida, sino que en efecto algo se ha abierto que no tiene por qué cerrarse, y entonces a lo que da pie es a un gran engorro. Y a veces lo sabe uno antes incluso de la entrada en el nuevo cuerpo, sabe que quiere probar sólo esa vez, cerciorarse, quizá jactarse para sus adentros o escandalizarse de sí mismo...

Sí, me ha fastidiado a menudo que luego me hayan expuesto sus características e interioridades, que me hayan dibujado un retrato de sus personalidades [...] Me ha irritado que a partir de ese momento se hayan movido por mi casa, si en ella estábamos, con excesiva familiaridad o soltura y actitud apropiativa (‘¿Dónde guardas el café?’, por ejemplo, dando por sentado que yo guardaba café y que podían hacérselo ellas directamente; o bien ‘Voy al cuarto de baño’, en vez de preguntar si pueden ir a él [...])

¹⁸ **Ibid.** pp 161-2

¹⁹ **Julián Marías, *La mujer en el siglo XX***, Alianza editorial, 1995 (6ª edición) p 209

Pero lo que más me ha enfurecido, a veces, ha sido **sentirme en deuda (absurdamente, en estos tiempos) por haberme acostado con ellas**. Sin duda un vestigio de mi época de infancia, cuando aún se consideraba que el interés y la insistencia venían del varón siempre y que la mujer cedía, o aún es más, concedía u otorgaba, y era ella la que hacía un regalo valioso o un favor grande. No siempre, pero con demasiada frecuencia, me he juzgado artífice o responsable último de lo habido entre ellas y yo, aunque yo no lo hubiera buscado ni anticipado -...-, y he supuesto que lo lamentaría nada más concluirlo y yo retirarme o hacerme a un lado, o mientras se volvían a vestir [...]

Y así **he tenido a menudo el impulso de compensarlas en el instante, mostrándome delicado, paciente o propenso a escucharlas**; atendiendo suavemente a sus cuitas o sosteniéndoles su cháchara; velando su desconocido sueño o haciéndoles caricias que no venían a cuento y que a mí no me salían, pero que me sacaba; fraguando enrevesadas excusas para irme de sus casas antes del amanecer, como un vampiro, o para salir de la mía en plena noche y darles así a entender que no podían pernoctar en ella y que debían vestirse y acompañarme abajo y conducir sus coches o coger un taxi (y he pagado de antemano al chófer), en lugar de confesarles que ahora ya no quería seguir viéndolas más, ni oyéndolas, ni respirar adormecido a su lado. **Y alguna vez el impulso ha sido de recompensarlas, simbólica y ridículamente**, y entonces les he improvisado un regalo o les he preparado un buen desayuno...²⁰

He puesto en negrita algunos ‘interrogantes’ que pueden expresar trasfondos que nos han descrito otros autores y su propio padre, porque la sexualidad nos pone en juego más allá de lo que nosotros podíamos prever o querríamos. Esto puede llevarnos a extrañarnos ante reacciones o comportamientos que no coinciden precisamente con el alcance que uno quería haber dado a la experiencia. Hay un paréntesis significativo en la cita “(*curiosamente en estos tiempos*)”. Es decir, en un contexto como el actual, en el que explícitamente se quiere ‘trivializar’ lo que no es trivial, parece ser que provoca estas disonancias...

Pero más expresiva es, si cabe, la siguiente cita. De nuevo es un ‘parón reflexivo’, como he denominado a esos momentos en los que, sin poderlo remediar, se para a preguntarse ante constataciones paradójicas. El contexto de la escena es el siguiente: Dada su situación de separado desde hace años, al volver a Madrid sospecha que ‘Luisa’, su ex-esposa, al parecer se ve con un personaje un tanto enigmático (Custardoy), pintor que hace copias en el museo del Prado, y al que finalmente localiza y decide darle un escarmiento. La siguiente reflexión surge cuando le está encañonando con una pistola y haciendo un interrogatorio, todo ello motivado por unos ‘celos’, en cierto sentido fuera de lugar (están separados), aunque justificados porque Luisa tiene unos cardenales que dan pie a sospechar una posible agresión. Pues bien, para amedrentar al supuesto ‘pretendiente agresivo’ ha montado el rocambolesco escarmiento. En esos momentos precisos, a propósito de un término inglés antiguo, fuera de uso (*guebridguma*: haberse acostado con la misma mujer), le viene a la mente lo siguiente:

- ... Custardoy ya no estaba tan chulo, noté cómo le crecía la aprensión. Y entonces me vino otro pensamiento o recuerdo, que debió condenarlo más y extrañamente ayudó a salvarlo: ‘Este hombre es un “guebridguma” mío, santo cielo, Luisa nos ha convertido a él y a mí en “conyacentes” o “cofolladores” a nuestro pesar, del mismo modo que probablemente lo somos Tupra y yo por la intermediación o el vínculo de Pérez Nuix y que lo seré de tantos sin tener ni idea a través de otras mujeres, eso nunca lo tenemos presente al fornicar con alguien la primera vez, a quiénes juntamos y a quién nos unimos, y hoy en día esas relaciones fantasmagóricas, indeseadas o no buscadas, serían el cuento de nunca acabar. Pero según aquella lengua muerta este hombre y yo guardamos un parentesco, y en cualquier idioma una afinidad, eso es seguro, y tal vez

²⁰

Javier Marías, *Tu rostro mañana, III Veneno y sombra y adiós*, Alfaguara, Madrid 2007, pp 57-61

por eso yo no deba matarlo, por eso también, tenemos algo fuerte en común, tampoco a mí me ha gustado nunca tanto una mujer como Luisa, al fin y al cabo queremos a la misma persona y ahí no lo puedo culpar, o quizá él tan sólo se la folla, sus sentimientos no los puedo saber'. Podía intentar averiguarlos, preguntarle si la quería, pero esa pregunta me pareció ridícula, y además, con una pistola amartillada apuntándole, ya sabía lo que me contestaría, y en cambio no si sería verdad. La verdad sería lo último que me dijese en aquel instante, si creyera que la verdad lo podía matar.²¹

Ese secreto parentesco que una 'lengua muerta' había plasmado en un vocablo, le inquieta: puede interrogarse si 'la quiere' o simplemente 'se la folla', pero al parecer, esas sutiles distinciones que nosotros ahora nos hacemos no entraban en consideración a la hora de plasmarse el término. Al parecer el hecho de 'fornicar' crea unos misteriosos lazos... Los aspavientos que hoy genera el problemático 'acoso sexual' (problemático por su vergonzosa manipulación en más de una ocasión), ¿no tendrían el mismo origen? ¡Que el 'yacer con' hace 'conyacentes'!, vivencia que no puede suscitar el 'beber con' o 'comer con'...

Y para terminar el presente epígrafe remito a un texto de **Benedicto XVI** en su encíclica **Deus caritas est**, que muy bien puede sintetizar el trasfondo de las citas que hemos aportado:

- ... Sin embargo, en toda esta multiplicidad de significados destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor...²²

Es decir, 'el amor entre el hombre y la mujer' es una especie de 'arquetipo por excelencia' ante el que 'palidecen' otros tipos de amor. En otras palabras, que no podemos considerarlo como algo 'trivial'.

[A] – No periodicidad (como en los animales: época de celo) [11]

Esta compleja importancia de la sexualidad que al parecer el ser humano detecta, desde las más variadas perspectivas, tiene unas peculiaridades que no aparecen en otros seres vivientes sexuados. Y la primera sería la 'no periodicidad' ligada por el instinto en los animales a una época de celo. Esto, automáticamente plantea el desligamiento de la sexualidad humana en cuanto tal de su función procreadora (la conservación de la especie), lo cual hace posible que la convirtamos en un 'juego' a nuestra disposición. No he encontrado textos que expresamente aborden esta peculiaridad como ocurre en otros apartados, pero sí he encontrado algunos que aluden a la periodicidad:

Y el primero es de **Julián Marías**, con una alusión explícita al acierto de Freud con su concepción de la sexualidad, matizando (cosa que no supo hacer von Hildebrand), entre 'sexual' y 'sexuado':

- ...Cuando a finales del siglo XIX, y por obra principal de Freud, el sexo adquirió carta de ciudadanía en la comprensión del hombre, el naturalismo de la filosofía que servía de supuesto a la interpretación freudiana del hombre y a la teoría del psicoanálisis enturbió el descomunal acierto, absolutamente genial, de poner el sexo en el centro de la antropología. El error

²¹ **Ibidem**, p 490-1

²² **Benedictus XVI, Deus caritas est**, [2]

concomitante fue lo que podríamos llamar la interpretación “sexual” (y no *sexuada*) del sexo, el tomar la parte por el todo, el reducir a datos la realidad dramática y viniente de la persona. Hasta las determinaciones propiamente sexuales del hombre no son inteligibles sino desde esa previa condición *sexuada* envolvente...: la permanencia de la función sexual en el hombre – frente a la transitoriedad de la sexualidad animal, de la “época de celo”- se funda en esa condición *sexuada* dentro de la cual *puede* surgir –y normalmente *no surge*- el comportamiento sexual.²³

Este ‘descomunal acierto’ de ‘poner el sexo en el centro de la antropología’ (confirmación del epígrafe anterior) que otorga al ser humano una ‘condición *sexuada* envolvente’ y permanente, hace posible que se dé ‘un comportamiento sexual’ (aunque “normalmente *no surge*”). Pues bien, esta posibilidad se debe a la no periodicidad de la ‘época de celo’, que ligaría la función sexual exclusivamente a la reproducción. Pero la cita tiene matices importantes: esta realidad ‘*sexuada*’ que es el ser humano, es ‘dramática y **viniente**’, es decir, no está estructurada por un instinto, sino que ‘tiene que venir’, pero puede no llegar (‘aunque normalmente *no surge*’). Es decir, puede ser una maravillosa posibilidad que nunca llegue. En realidad esta afirmación lo único que subraya es que, como todo lo personal, está enmarcada en nuestra **libertad**, lo cual hace que sea más tarea pendiente que realidad asegurada.

Pero acudamos a otro de nuestros interlocutores, **Merleau-Ponty**. Su perplejidad está en esa ‘estructura metafísica del cuerpo’, que nos convierte en un ser dramático, a un tiempo ‘objeto para el otro y sujeto para mí’ (más adelante volveremos sobre el tema):

- Con la importancia atribuida al cuerpo, las contradicciones del amor se vinculan, pues, a un drama más general que depende de la estructura metafísica de mi cuerpo, simultáneamente objeto para el otro y sujeto para mí. La violencia del placer sexual no bastaría para explicar el lugar que ocupa la sexualidad en la vida humana y, por ejemplo, el fenómeno del erotismo, si la experiencia sexual no fuese una vivencia, dada a todos y siempre accesible, de la condición humana en sus momentos más generales de autonomía y de dependencia.²⁴

Es decir, es una experiencia ‘dada a todos y siempre accesible’, lo que la convierte en una vivencia permanente ya sea en los momentos de ‘autonomía’ o de ‘dependencia’. Si esta disponibilidad permanente está enmarcada en ‘la estructura metafísica’ de mi cuerpo, no parece que esté llamada a vivirse como un ‘juego’ (algo ‘trivial), sino a una responsabilidad no siempre resuelta, al sentirnos ‘sujeto’ para nosotros mismos y, al mismo tiempo, experimentarnos ‘objeto’ frente al otro. Dicho de otra forma, al no estar programada por una ‘época de celo’ y consistir en una auténtica ‘estructura metafísica de mi cuerpo’, que por otro lado me ofrece alternativas contrapuestas (de ‘autonomía’ o ‘dependencia’), volvemos a la experiencia ‘dramática’ de la que nos hablaba Julián Marías, por tanto, algo que debe pasar por mi libertad.

[B] – ”Muy plástica”, peculiaridad que la convierte en la energía más dinámica y creadora del ser humano con tal que no se extinga en la satisfacción [11]

²³ Julián Marías, *Antropología metafísica*, pp 124-5

²⁴ Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, p 184

En realidad este apartado, apenas traeremos citas, aunque podía haber acaparado muchas, pues es una peculiaridad tan expansiva, que sus consecuencias iremos viéndolas en apartados posteriores. No obstante, quizá sea interesante aludir a algún autor. Y acudamos una vez más **Julián Marías**:

- ... Como el hombre no es Adán –ni Eva-, sino heredero de una tradición, hecho de sustancia histórica y social, así lo es su cuerpo y, por supuesto, su sexualidad. Todo retroceso a la mera biología entre nudas cosas físicas es eso, un retroceso de la realidad a una construcción intelectual hipotética.

Por ser histórico-social, el cuerpo ha significado –ha *sido*- muy diversas cosas, y seguirá siendo otras nuevas. Poco perspicaz ha de ser el que no vea que estamos viviendo una crisis de insólita profundidad. Por eso es posible una “espiritualidad” del cuerpo, y podría escribirse una historia del cuerpo o de la corporeidad. No digamos de la condición sexuada; es revelador el hecho de que el niño percibe, distingue y reconoce muy pronto a varones y mujeres –...-, y se comporta de dos maneras bien distintas frente a ellos. ¿Cómo se produce esa distinción? Mucho más que en diferencias biológicas, que no suelen estar demasiado manifiestas, en las interpretativas y sociales, en aquellas que tienen en definitiva significación biográfica...²⁵

En efecto, la dimensión plástica de nuestra sexualidad la convierte en algo que trasciende lo biológico y adquiere una dimensión histórica y social, y hay que decir, con toda propiedad, que la sexualidad se debe convertir en una realidad biográfica. Por eso, más adelante saca conclusiones de este reto biográfico: que *admite grados*:

- ... Lo decisivo es que la condición masculina o femenina es sentida como algo que no está dado sin más, sino que ha de hacerse, en diversos modos; que, como diría Ortega, *admite grados*: se puede ser más o menos hombre, más o menos mujer. Más allá de los cuerpos, los organismos y sus funciones biológicas, ambas condiciones humanas tienen carácter biográfico. Ser hombre o ser mujer son dos modos o formas de *vida* – en el sentido de *diagogé*-; y por eso la diferencia entre hombres y mujeres en una comunidad significa, a la vez que una diversidad sexual, la de dos tipos de vida, dos funciones sociales.

... Ahora bien, como salvo muy contadas excepciones el mundo ha sido interpretado como el de los hombres, dentro del cual tenían o hacían las mujeres su mundo privado, las “cosas de hombres” se han identificado con las “cosas humanas”, y las líneas generales según las cuales se han entendido la *humanidad* han sido las que definen la *virilidad*.²⁶

Si la sexualidad era una realidad ‘polar’, nos decía Julián Marías, es decir, o somos hombres o somos mujeres, y su plasticidad la hace que impregne todas las manifestaciones de la vida, y si la visión del mundo se ha descrito desde la ‘virilidad’, esto supone un empobrecimiento, identificando ‘lo humano’ con ‘el hombre’. El problema es que esa versión sesgada la queramos convertir en la simpleza de una reivindicación. Si ‘ser hombre o ser mujer son dos modos o formas de vida’, no es cuestión de reivindicar nada sino de aportar el otro ‘modo’ que en tantísimas dimensiones de la vida está ausente, y no querer asumir manifestaciones nefastas de la versión dominante (léase la varonil), más irresponsable y voluble siempre, porque es más prepotente.

Pero podríamos decir que gracias a esta condición plástica, la condición sexuada del ser humano va a ser ‘argumental’ y, por tanto, histórica:

²⁵ Julián Marías, *Antropología metafísica*, Alianza editorial, Madrid 1983, p 126

²⁶ *Ibidem*, p 136

- Pero, por el otro lado, el amor *acontece*, es una realidad dramática, argumental, que tiene una historia –es historia-, y se puede contar, imaginar, anticipar, recordar. Es un “estado”, pero no “estático”, porque no es ni una cosa ni una determinación de ninguna cosa. Su permanencia es la de la persona que *está viviendo*, que está viniendo con y hacia otra, con la cual se está haciendo. Esa estructura empírica que es la condición sexuada, hace que el hombre se mueva desde luego en la disyunción varón o mujer, y esto lo sitúa en aquella dimensión en que el amor es posible, en el elemento del amor. El hombre es, literalmente, *enamorado*, orientado al amor, proyectado hacia él, referido a él, sea cualquiera el cumplimiento que su realidad tenga en esa dimensión. Por eso, el hombre y la mujer se consideran recíprocamente *sub specie amoris*, en la perspectiva del amor, que es el horizonte de su referencia mutua y, a la vez, el de la proyección personal. Dentro de este horizonte se orientan todos los vectores en que consisten las relaciones humanas, la mayoría de las cuales *no* son amor... y esto es lo que permite que se llame también ‘amor’ a diversas relaciones humanas dentro del mismo sexo y hasta a ciertos comportamientos no puramente humanos, como cuando se habla de ‘amor’ a Dios o, en otra dirección, a la ciencia, el arte o la patria.²⁷

Esta plasticidad es la que hace que toda la vida humana pueda estar dinamizada por esta dimensión sexuada, sin que convierta la realidad en algo ‘sexual’ (que era el rechazo de von Hildebrand). Por eso esta *perspectiva del amor, que es el horizonte de su referencia mutua* (del hombre y de la mujer) y, a la vez, *el de la proyección personal*, está llamada a impregnar todas las otras dimensiones humanas y aun las no estrictamente humanas.

Por último, veamos cómo enfoca esta peculiaridad **Merleau-Ponty**:

- (Freud) La sexualidad ni está trascendida en la vida humana ni figurada en su centro por unas representaciones inconscientes. Está constantemente presente en ella como una atmósfera.

... la sexualidad, sin ser el objeto de un acto de consciencia expreso, puede motivar las formas privilegiadas de mi experiencia. Así tomada, esto es, como atmósfera ambigua, la sexualidad es coextensiva con la vida. En otros términos, el equívoco es esencial a la existencia humana, y todo cuanto vivimos o pensamos tiene siempre varios sentidos...

Entre la sexualidad y la existencia se da una ósmosis, esto es, si la existencia se difunde en la sexualidad, la sexualidad, recíprocamente, se difunde en la existencia, de modo que es imposible asignar, en una decisión o una acción dada, la parte de la motivación sexual y la de las demás motivaciones, imposible caracterizar una decisión o un acto como “sexual” o “no sexual”. Así se da en la existencia humana un principio de indeterminación, y esta indeterminación no lo es sólo para nosotros, no proviene de una indeterminación de nuestro conocimiento, no hay que creer que un dios podría sondar los lomos y corazones y delimitar lo que nos viene de la naturaleza y lo que nos viene de la libertad. La existencia es indeterminada en sí, a causa de su estructura fundamental, en cuanto que es la operación por la que aquello que no tenía sentido toma un sentido, aquello que no tenía más que un sentido sexual toma una significación más general, la causalidad se hace razón, en cuanto que es la prosecución de una situación de hecho. Llamaremos trascendencia a ese movimiento por el que la existencia toma por su cuenta y transforma una situación de hecho.²⁸

Sugerente aportación: la sexualidad como ‘atmósfera ambigua’ que posibilita una indeterminación: ‘aquello que no tenía sentido toma un sentido, aquello que no tenía más que un sentido sexual toma una significación más general’. Esto va a hacer posible que la libertad se despliegue en la naturaleza. Y expresamente llama a este movimiento trascendencia, que más adelante veremos es clave. Pero todo esto es posible, gracias a esta peculiaridad plástica de nuestra sexualidad.

²⁷ **Ibidem**, p 169

²⁸ **Merleau-Ponty, Fenomenología de la percepción**, pp 185-6

C. Interpelaciones personales

Como es natural este apartado depende de cada uno que individualmente tiene que detectar el eco que le han provocado las distintas aportaciones. Sin embargo, no estaría de más recordar algunas dimensiones:

- La sexualidad humana pone en juego nuestra realidad corporal junto con lo anímico, es 'el acto más despierto' de nuestro cuerpo, 'descubrir este dominio es revelar..., iniciar a otro en el misterio de nuestro ser', "el secreto" más personal de cada individuo... (**von Hildebrand**)
- La sexualidad como un sistema relacional, dramático (**Merleau-Ponty**)
- Estamos 'instalados' en nuestra sexualidad que es 'disyuntiva', no divide, complica al otro: dos sexos que se reclaman (**Julián Marías**)
- "guedridguma", 'coyacentes', ¿por qué? (**Javier Marías**)
- La sexualidad como posibilidad 'viniente' que puede no llegar: es algo 'biográfico' y, por tanto, debe pasar por la libertad. (**Julián Marías**)
- Nuestra sexualidad una responsabilidad no siempre resuelta: nos sentimos 'sujeto' para nosotros mismos y, al mismo tiempo, nos experimentamos 'objeto' frente al otro. (**Merleaux-Ponty**)
- Vivir la dualidad de sexos como reivindicación o como aporte mutuo (**Julián Marías**)

Como es natural, cada uno puede seguir buscando 'ecos', resonancias...